

# EL MALLORQUIN.

JUEVES 12 DE MARZO DE 1857.

**PUNTOS DE SUSCRIPCION.**  
 PALMA. Librería de D. F. Guasp, calle *d'en Morey*, 40.  
 MAJON. D. Matías Mascare.  
 IBIZA. D. Joaquín Cirer y Miramont.  
 Sale todos los días.

**MASANA.** Sale el sol a 6 h. 15 ms. . . . . y se pone a 6 h. 5 ms.  
 Sale la luna a 9 h. 2 ms. de la noche y se pone a 7 h. 19 ms. de la mañana.  
 Un reloj arreglado al tiempo medio debe señalar a medio día 12 h. 10 ms.

**PRECIOS DE SUSCRIPCION.**  
 En Mallorca, por un mes. . . . . 10 rs. vn  
 En Menorca e Ibiza, por id. franco de porte. . . . . 12 id.  
 En los demas puntos del reino, por id. id. . . . . 14 idos.  
 Cada número suelto. . . . . 1 id.

## Seccion política.

(De El Parlamento.)

Un nuevo testimonio de la acertada y provechosa actividad que, bajo la ilustrada dirección del actual ministro de Hacienda, ofrecen las oficinas centrales, es, sin duda alguna, la estadística comercial que el entendido director de aduanas y aranceles ha publicado en la *Gaceta* de ayer. Empero la primera consideración que se desprende del importante documento que analizamos, es, sin duda alguna, su inesperada aparición a principios de año. Semejantes estados se han reservado siempre para el cuadro general del comercio español que se publica por los meses de octubre y noviembre; pero nunca, que sepamos, han visto la luz pública con ocho meses de anticipación. Tal era, pues, la costumbre, y tal hubiera seguido, si la administración actual, con aplauso de las personas entendidas, no hubiera sustituido tan infundada rutina con un sistema de publicidad mas conveniente. El cuadro comparativo a que nos referimos comprende la estadística general de los valores y derechos que han producido los 67 artículos que constituyen nuestro comercio con Europa, Asia, y América. Y aunque, a la verdad, no abraza el total de los productos que completan el movimiento mercantil de nuestros cambios, no es ménos cierto que, refiriéndose a los que constituyen toda nuestra importancia comercial y producen casi el total de nuestra renta aduanera, encierra en sí

cuanto puede desearse acerca de tan importante materia.  
 La importación, considerada detalladamente y en su totalidad bajo el triple aspecto de su cantidad, valores y derechos devengados; el exámen comparativo de los dos últimos años, y las diferencias parciales y totales, todo cuanto pueda apeteer el hombre estudioso, se encuentra en la lógica inflexible de los números que analizamos. Nosotros, pues, siguiendo el orden de las cifras mencionadas, comenzaremos por las demostraciones generales. Los valores que en 1855 se elevaron a 751.274,986, arrojan para el año de 1856 una suma de 862.043,294, ó lo que es lo mismo, una diferencia en favor de este último año de 110.768,308 rs.; y si por nuestra parte recordamos el aumento demasiado elevado que ofreció el año de 55 respecto del 54, suponiendo por un cálculo aproximado el valor de los demas productos que faltan en el cuadro, bien puede asegurarse que las aduanas de estos dos últimos años, comparadas con las del referido año de 1854, ofrecen por valores un exceso de mas de 300.000,000. En tales datos y otros análogos nos hemos fundado mas de una vez para afirmar que este precioso ramo de nuestra riqueza marcha a su mas completo desarrollo. Para alejar toda especie de duda, y que no se tenga por aventurada nuestra doctrina, llamamos la atención de nuestros lectores acerca de los valores importados en el quinquenio de 1850 a 1854. Los que se refieren a los mismos 67 artículos referidos ascienden a 615.073,025, y comprendiendo los demas artículos, presentan un total de 732.318,467. Resulta,

pues, que si el total de los valores importados en el referido quinquenio ofrece respecto de 55 una disminución de 18.956,518, y con relación a 56 una baja todavía mayor de 129.724,827, es evidente que el comercio español, acrecentándose de día en día con las fuentes de nuestra riqueza pública, nos prepara el porvenir mas lisonjero para nuestra poco conocida renta de aduanas. En cuanto a los derechos percibidos, mientras que el producto general de los cinco años mencionados solo se fija en 149.389,919, el año de 1855 arroja una suma de 159,348,649, y el de 56 otra mas elevada todavía de 170.320,827. El aumento, pues, de este último año, con referencia al quinquenio, es de 20.930,908, y con relación a 55, de 21,825,293.  
 Sin embargo, el resultado hubiera sido todavía mas satisfactorio si causas sobrado conocidas, aunque de suyo pasajeras, no hubieran contribuido a las diferencias de ménos que obran en el cuadro contra el último año. Entre estas, las que merecen particular mención son las que se refieren a nuestros azúcares coloniales de todas clases, no solo porque arrojan una suma de 6,257,604 de ménos en los derechos, sino por las circunstancias transitorias que las motivaron. Es evidente que la mayor importación de estos artículos se verifica cambio de nuestras harinas de Castilla; pero no es ménos cierto que el comercio de Santander ha acudido, con preferencia en el año próximo pasado, en demanda del bacalao de Terranova. Que estos cambios se hayan verificado con nuestros cereales ó con nuestros azúcares, el resultado ha sido que la importación azucarera ha sufrido

una disminución marcada en perjuicio demostrado de nuestros derechos, puesto que la importación del bacalao, por muy crecida que aparezca, no compensa ni siquiera en la mitad la pérdida sufrida. Semejante lección será, sin embargo, provechosa para las provincias de nuestro litoral, que reducen sus demandas a las necesidades del momento, sin tener en cuenta que el mercado español, y no el de Londres, es el que debe convertirse en el gran depósito azucarero que reclama el consumo europeo.  
 Sin embargo, y en compensación de ese mal transitorio, otras ventajas permanentes vienen a ratificar nuestras esperanzas de prosperidad. Los tejidos de lana, de algodón y de hilo de todas clases han elevado notablemente su importación. Los primeros presentan, en favor de 56, una demasia por cantidades de 773,489 varas cuadradas, y por derechos de 3,026,028. El exceso de los segundos es de 25,000 libras, y por derechos de 55,912. Mientras que los terceros, que en el año de 55 dieron un total de 5,078 quintales, hoy ofrecen un aumento de 423 en el peso y de 489,157 por derechos. Pero lo que desde luego revela los resultados mas lisonjeros respecto de nuestra riqueza fabril, y principalmente de la industria catalana, es la importación del algodón en rama. Todo lo que aparece introducido en el quinquenio antes espresado asciende a 349,860 quintales, por valor de 87,036,188. Los derechos se elevan a 5,532,646. La misma importación en 54 fué por quintales de 368,659, y en 1855 de 372,930, y cuyos derechos aparecen por valor de 5,932,125. Ahora

## Folletoin.

### EL COMETA

DIA 15 DE JUNIO.

Cuando íbamos a ocuparnos detenidamente de los fatales augurios que sobre el próximo desquiciamiento de nuestro globo circulan de boca en boca, y cuando teníamos encargado un trabajo especial a persona autorizada y competente, llegará a nuestras manos el notable artículo que sobre esta cuestión acaba de publicar en Francia el escritor científico M. Fignier, cuya traducción adelantamos sin perjuicio de dedicar otro día espacio para nuestras propias observaciones. Dice así:  
 «Es muy triste ver la emoción que ha causado en el mundo la ligereza ó mala fe del articulista que recientemente ha anunciado según un astrónomo alemán, la aparición de un cometa que ha de venir a chocar en el globo el día 15 de junio de este año y causar el fin del mundo. Esta especie ridicula, agigantada por todos los ecos grandes y pequeños, de la publicidad, se ha esparcido por toda la Europa con la misma prontitud que si el telégrafo le hubiera servido de rápido y universal mensajero. Semejante nueva es hoy el objeto de todas las conversaciones, lo mismo en los salones del gran mundo que en la plaza pública, en el gabinete del hombre de Estado como en el taller del artesano. Tanto es lo que se habla de este asunto, que se nos permitirá a nuestra vez hablar también un poco.  
 «¿Qué hay de dirémos de positivo ni aun de verosímil—de sensato en el anuncio que ocupa todas las imaginaciones y que agita todas las lenguas respecto al cometa que ha de aparecer el 15 de junio de 1857?  
 Nada, absolutamente nada.  
 «Antes de entrar en la cuestión preguntáremos: ¿cuál es el nombre de ese astrónomo alemán que ha anunciado al mundo su próximo fin? Hasta hace algunos días nadie se había cuidado de él; hoy se sabe que el astrónomo, ese profeta de desgracias, desventura y ruina de que se trata, es Mateo Laenberg. Pero este señor ni es alemán, ni es astrónomo; es un personaje belga cuyo

título de gloria es haber compuesto el almanaque de Lieja.  
 Pero pasémos a la cuestión: ¿Cuál es el cometa que el buen hombre nos ha anunciado? ¿Se trata de un cometa nuevo ó de uno observado ya, cuya vuelta se predice? Si se tratase de un cometa nuevo haríamos observar que es imposible predecir la aparición de un cometa no conocido todavía; para anunciar la aparición de tal cuerpo sería necesario ser profeta y profeta verdadero ó ser loco. Algunas personas han podido llegar a creer hasta que dicho alemán es un profeta. Semejante credulidad es la mas perniciosa de todas: si se considera bajo el punto de vista de la razón es una debilidad de espíritu de que deberían abochornarse las personas que la han tenido.  
 Pero si se quiere hablar de un cometa antiguo, observado anteriormente, y cuya órbita se conoce, es menester que el que prediga su vuelta nos dé al margen los elementos de este astro errante, sus efemérides día por día y el cálculo que demuestre la posibilidad de encontrarse con la tierra. Desde el momento en que se trata de un cometa conocido de los astrónomos de profesión, es necesario atender sus observaciones, porque son las que nos pueden predecir su vuelta como lo han hecho siempre. También todos los observatorios de la Europa científica han permanecido en silencio, y lo han hecho así porque saben a ciencia cierta que no existe ningún cometa que amenace venir a chocar con la tierra el día predicho.  
 Un gran periódico francés, que tenía tal vez la misión de combatir esos quiméricos temores, ha tenido por el contrario la desgracia de dar cuerpo a semejantes locuras, acaso con ánimo de entretener a sus lectores ocupándose del cometa de 1294 y que tanto espantó al emperador Carlos V cuando reapareció en 1556. Este cometa, dice el citado periódico, verifica su revolución en 292 años; ha debido pues reaparecer en 1848, en cuya época no se le ha observado sin duda por haberse retardado a causa de alguna perturbación planetaria; de modo que aun se espera su aparición, si no es que llegará a su perihelio en 1848 pasando sin ser visto cómo ha sucedido algunas veces con esta clase de cuerpos, en razón a que los accidentes atmosféricos ó nubes permanentes han impedido reconocerlos en el momento en que hubieran sido accesibles a nuestra vista.  
 Admitamos que aun haya de aparecer el cometa de Carlos V. Es seguro que ningún astrónomo hubiera pensado nunca en hallar en esta vuelta una causa adversa para los habitantes del globo. La órbita de ese cometa tiene mas de 50 grados de inclinación sobre la eclíptica, y está por consiguiente muy lejos de seguir la misma marcha que la tierra.  
 Varios astrónomos, entre ellos Mr. Hind, han trazado recientemente las efemérides de este cometa, y podrán decirnos exactamente el punto del espacio y la dis-

tancia a que se ballará de la tierra en 15 de junio; pero no lo exigirémos, porque sería dar cierto aire de seriedad a una predicción ridicula, contentándonos con decir que la distancia es inmensa.  
 Esto sentado, podemos entrar en la cuestión teórica tan debatida de si es posible el choque de un cometa con la tierra. Arago, en su bella *Astronomía popular*, ha dicho todo lo que hay de razonable en esta cuestión: las palabras de este ilustre astrónomo son las mas dignas de ser citadas en esta ocasión.  
 Arago ha calculado las probabilidades que pueden existir en favor del choque, considerando separadamente el causado por el núcleo del cometa, y el que podría resultar del de la masa fluida que rodea ó termina estos cuerpos, conocida con el nombre de *cola* ó *cabellera*.  
 «Respecto al primero, el único que podría perjudicar al globo, dice Mr. Arago, hemos encontrado una probabilidad de choque por 281.000,000 de probabilidades en su contra: respecto al segundo, solo hay 15 probabilidades contra 281.000,000. Admitamos, pues, por un momento, que los cometas que vinieran a chocar con la tierra por su núcleo hubieran de destruir la especie humana: el peligro de muerte que resaltaría de la aparición de un cometa desconocido para cada individuo, sería, pues, exactamente igual al que correría si no hubiera en una uraa mas que una bola negra entre 281.000,000 blancas, y cuya vida ó muerte, dependiera de que se sacase ó no la bola negra en la primera extracción.—Todo hombre dotado de razón, por apagado que esté a la vida, se reiría de tan insignificante peligro.»  
 Aunque los cometas ocupan en el vacío un espacio inmenso que algunas veces es de millones de leguas, la masa de estos cuerpos se halla realmente reducida a proporciones exiguas, por consecuencia de la falta de toda atmósfera en aquellas regiones, lo que permite a los fluidos que la constituyen rarificarse de una manera infinita.  
 Respecto a esta cuestión, que sorprende a primera vista, pero que es aceptable reflexionando un poco, se espresa en estos términos el astrónomo Laplace: «A pesar de que las dimensiones de las *colas* de los cometas son de muchos millones de miriámetros no debilitan sensiblemente la luz de los astros que se observa a través de ellas; estas *colas* están, pues, en extremo enrarecidas, y sus masas son probablemente inferiores a las mas pequeñas montañas de la tierra. Así es que al chocar con la tierra no puede producir ningún efecto sensible: es muy probable que la hayan envuelto muchas veces sin que haya sido notado.»  
 Así se explica que muchos cometas hayan pasado muy próximos a ciertos planetas sin causar la menor influencia física. «El cometa de 1770, dice Delambre, pasó entre Júpiter y sus satélites sin causar ninguna perturbación sensible.» Los cometas, aun para los mismos astrónomos, no son ni pueden ser mas que objetos de curio-

sidad. Sir J. Herschel ha ido aun mucho mas lejos, diciendo en términos esplicitos que la cola del mayor cometa de que podemos formarnos idea se compone de un pequeño número de libras de materia y aun quizá solo de algunas onzas.  
 ¿Qué tendrémos, pues, que temer del choque de un cuerpo cuya masa es tan insignificante? Solo debémos decir que M. Babinet, una de las grandes autoridades de la época respecto a astronomía física, ha ido hasta a decir, tal vez exageradamente, pero sin separarse de la verdad de los hechos, que si la tierra chocara con un cometa no esperituaría mas perturbación en su movimiento que el que sufriría un inmenso convoy marchando por un ferrocarril si viniera una mosca a chocar con él.  
 El autor del artículo de que hablamos al comienzo de este, no ha temido intentar dar una lección a M. Babinet respecto a este asunto recordándole que una materia, aunque sea impalpable, siempre que se halla animada de una gran velocidad, puede producir efectos destructores; pero el autor anónimo de este artículo ha olvidado que los cometas no están dotados de una gran velocidad sino cuando se hallan muy cerca del sol; ha olvidado también que a una distancia igual a la que se halla entre el sol y la tierra han perdido casi toda su velocidad, que a una distancia un poco mayor están casi inmóviles relativamente a la velocidad que en aquel caso tenían, que siempre, como Le Verrier lo ha hecho observar, los cometas forman parte de nuestro sistema solar, y que el Creador del universo ha tenido en cuenta su masa y movimientos al establecer las leyes de estabilidad de nuestro sistema planetario que han causado la admiración de los grandes genios que han sabido desenvolverlas ó comprenderlas.  
 Pero basta ya sobre este objeto y quizá sobra, porque como M. Babinet lo ha hecho notar con tanto ingenio como razón, es esto como en todo el charlatanismo ó la necesidad de emociones triunfarán por algún tiempo hasta que vengán a abuyentarnos el aspecto de la fria verdad. Solo recordáremos a los que persisten en su credulidad aquella escena de comedia de Fontenelle, titulada *El Cometa*, en que se anuncia la aparición de uno hallado en un huevo.  
 «¿Un cometa dentro de un huevo? esclama un interlocutor, no volveré a comer huevos.  
 «Ni yo tampoco, añade otro, que sería de mi si yo fuera a comer una tortilla y la hallara compuesta de cometas.»  
 Entre todos los que han creído la predicción de Mateo Laenberg no habrá muchos que hubieran admitido sin vacilar la existencia de un cometa en un huevo.





